

Alerce

Año 8, N° 70, junio de 2020. Director: David Hevia

La palabra valiente de Óscar Aguilera

David Hevia

Poeta, narrador y promotor de la cultura, Óscar Aguilera (1954-2020) abrazó también con fuerza el teatro, la música, la radiodifusión, la televisión y la pedagogía, cursando dicha carrera en la disciplina de Castellano en la Universidad de Chile. En 1979, su vida tuvo un punto de inflexión al integrarse al grupo Cámara Chile, que lideraba Mario Baeza, a quien recuerda como un “hombre muy valiente, que enfrentó a la dictadura”. En ese tiempo, relata, junto a la directora y actriz Ana María Vallejos “tuvimos el desparpajo de hacer algunas obras y proyectos en poblaciones, hasta que nos dimos cuenta de que nos perseguían algunos vehículos de la CNI, pero teníamos que seguir adelante”. Fue también en el marco de ese cometido que se dedicó al teatro infantil y a escribir canciones para niños, al calor de las cuales se formó el conjunto musical Zapallo e incursionó en un bloque para los más pequeños en Radio Nuevomundo. En estrecho lazo con ese quehacer, se convirtió en libretista del programa televisivo Patio Plum: eran los tiempos en que Canal 11 aún estaba en manos de la Universidad de Chile, y el espacio hablaba a sobre democracia e invitaba a al escenario a la banda Los Prisioneros, vetada en pantalla por el régimen militar.

Decidido y abierto luchador por el retorno del país a una sociedad republicana, debutó en las letras en 1988 con un poemario llamado precisamente *Plebiscito-poesía*. Ese fue el punto de partida de una prolífica trayectoria literaria que incluye, entre otras obras, *Las vidas del poeta. Cantata por la vida de Pablo Neruda* (1992), y las novelas *Cartas entre Vicente y Juanita, llamada después Teresa* (1992) y *El puente y la casa del ministro* (2009). Destacado militante comunista y exdirector de la Sech, Óscar Aguilera siempre tendió una mano fraterna a los más humildes de ese pueblo que ahora hereda la belleza de versos suyos como los incluidos a continuación y, asimismo, los que Roberto Vásquez le dedicara.



Relato

Cuando se escribe el primer verso se llega hasta el final.

Para decir la vida de Neruda retiro los libros de la lluvia, pongo capa y sombrero a lo joven del siglo;

paseo por Asia y el Oriente cual si anduviera por mi propia calle:

conozco Buenos Aires y regreso a mi España, a mi Guerra Civil, a mi Guerra Mundial, a este poema absurdo del planeta.

Recorro el Norte Grande y junto con las piedras, y junto a las estrellas, y junto a los mineros elijo Senador al poeta y sus manos...

Después sigo la ruta de todos los destierros, viajo por todo el mundo en nostalgias de cueca y retorno a la patria, al mar de todo Chile.

Para decir Neruda repito: poesía repito embajador, repito Premio Nobel y lluvia siempre lluvia, o mar. Levanto el puño; continúo escribiendo y dejo a las canciones explicar mis silencios.

Óscar Aguilera

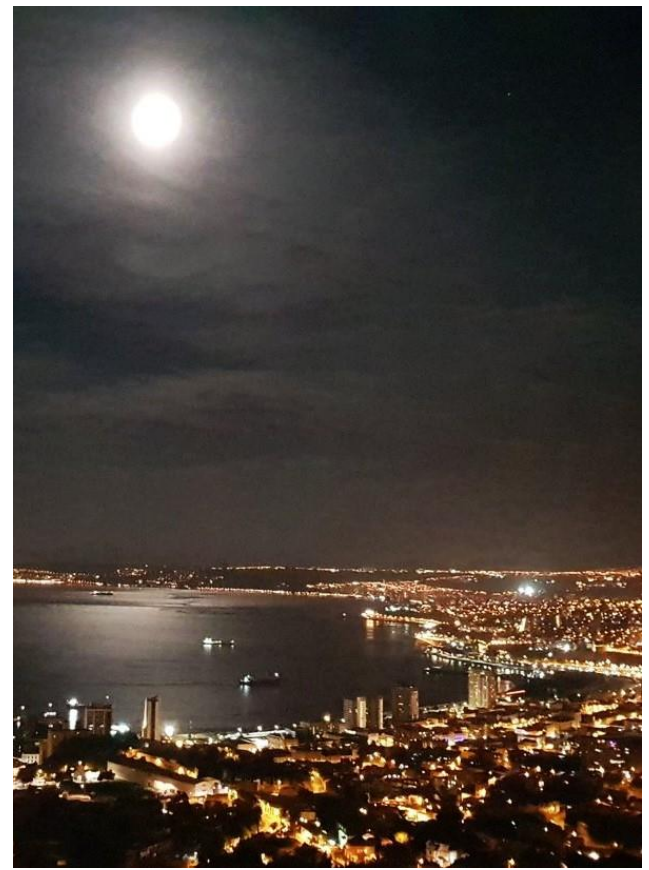
III

(al poeta Óscar Aguilera)

En cada poeta hay un niño desconsolado que llora sus lágrimas desencantadas en los brazos de una mujer imaginaria Incomprendido solo con el consuelo de su palabra apresurándose hacia lo extraviado para luego no saber cómo retornar Aferrándose a lo perdido que se recoge solapadamente en la noche de tentáculos y estrellas por sobre sus lágrimas para hacerlas titilantes en la parsimonia estelar que detenta al hombre y limita su mano

Y la voz entonada del hombre es el niño que insiste con su capa emplumada de alas trémulas en el vacío de la angustia descarriando palabras que se encienden y apagan en su llanto de hombre confundido En los brazos de una mujer imaginaria ya no es él y en su aspecto desconsolado se atrapa ni sus alegrías infantiles cantan.

Roberto Vásquez



Luna bohemia

Me embriaga La madrugada, El eterno viento Parido en los acantilados. A veces es un canto De alguna sirena Borracha, A veces es el canto De un náufrago o de un suicida. Ya se va la luna bohemia, Ya arriba el sol obrero Y pescador.

Los cerros espiran Largos bostezos, Un aroma de café y pan fresco Baja las escalas del Cerro Mariposa, Un poeta despeja Los ojos de vino y nostalgia. En un boliche Del barrio Puerto Dejó olvidado El último poema Que nos habla De su tristeza Por un amor abandonado Y la rabia por su pobreza.

Yo sé la historia Oculta del Plan, Los cerros y las caletas, Del gemir de los peldaños, Del vértigo de los ascensores, La alegría espesa De los bares, calles y plazas. Y tú Valparaíso Conoces mis alegrías Y dolores. Recuerdas la tarde En que en el Mercado Cardonal Un golondrina En mi oído grabó sus versos Con su voz grave Y sus manos inquietas. Ella y yo ocultamos Las estrellas Para que nadie viera Nuestras horas secretas.

Carlos Eduardo Saa
Valparaíso



POESÍA

Escritos en el año del coronavirus

Cuando nacer no me quiera
cuando morir no me quiera

Cuando plantar no me quiera
cuando recoger lo plantado no me quiera

Cuando matar no me quiera
cuando el curar no me quiera

Cuando destruir no me quiera
cuando construir no me quiera

Cuando llorar no me quiera
cuando reír no me quiera

Cuando estar de luto no me quiera
cuando estar de fiesta no me quiera

Cuando esparcir piedras no me quiera
cuando recogerlas no me quiera

Cuando abrazarse no me quiera
cuando separarse no me quiera

Cuando intentar no me quiera
cuando desistir no me quiera

Cuando guardar no me quiera
cuando desechar no me quiera

Cuando rasgar no me quiera
cuando coser no me quiera

Cuando callar no me quiera
cuando hablar no me quiera
Cuando amor no me quiera
cuando odiar no me quiera

Cuando la cárcel no me quiera
cuando la libertad no me quiera

Cuando torturar no me quiera
cuando la guerra no me quiera

Cuando la paz no me quiera
cuando este mundo
no tenga su hora
cuando no haya momento para nada,
cuando nacer y morir no me quieran
ni plantar
ni recoger
ni matar
ni curar
ni destruir
ni construir
ni llorar
ni reír
ni doler
ni festejar
ni esparcir
ni recoger

ni abrazar
ni separar
ni intentar
ni desistir
ni guardar
ni desechar
ni rasgar
ni coser
ni callar
ni hablar
ni amor
ni odiar
ni la guerra
ni la paz
cuando nada tenga su hora
cuando no haya momento
para que nada ocurra,
cuando por el oeste de Southampton
entren caballos de viento
cuando se levanten en el aire
los porta aviones y caigan
en tierra seca

cuando pasado ya el mediodía,
como cosa ya hecha,
en toda la costa del sur de Inglaterra
comenzará otra vez el aguacero.

Eduardo Embry
Inglaterra

NARRATIVA

El broche con la banderita

—¡Qué hijo de puta! —dijo el viejo, con ganas, con la vista pegada en la pantalla.

—¡Viejo! —le dijo la vieja, que rara vez lo oía garabatear.

En la televisión, el Presidente seguía hablando. El viejo lo miraba como si entre ojo y ojo lo repasara de pies a cabeza, con una mueca de asco que lo fue paralizando por partes, de la cara al resto del cuerpo. Antes de que se le apareciera la mancha roja del odio en la frente, símbolo y señal de que su olla a presión interna estaba a punto de estallar, miró el broche con la banderita en la solapa del Presidente y se preguntó, por enésima vez, dónde habrá quedado el suyo, el broche con la banderita que su papá le dio cuando era chico. La sangre le hizo palpar las cejas y se acordó de la mancha: si se la imaginaba, deforme y roja, más rabia le daba. Del broche volvió al Presidente, que seguía hablándole, sin agregar mucho. Moviendo las manos. El viejo se las miró y, agarrado a su sillón, apretó las suyas: ¡tres veces votó por él! ¡Seis, si

contaba las segundas vueltas! ¡Y recién se daba cuenta! Un gruñido se alojó con fuerza en su tráquea. En realidad, ¿por qué le daba asco el Presidente? ¿Quién era, para él, ese sujeto? ¿Qué era? Un político fenomenal, se dijo el viejo; sí, fuera de serie: el mejor de todos, de hecho. La corrupción en carne y hueso. Y siendo así la cosa, ¿quién tenía que darle asco, entonces? ¿Ese pobre diablo, o él, que fue a votar *seis veces* por el mismo maldito? Justo antes de responderse, por suerte, se le repitió la cebolla del almuerzo; gracias a eso recordó a tiempo, mientras tragaba, que no se puede sentir asco de uno mismo. Miró al Presidente con una repulsión nueva, más espesa: ¿no era su Hermano, aparte, el otro responsable de su miseria? ¿De su rabia? Seguía paralizado, tan paralizado como la vez que sumó las pérdidas de su fondo de

pensiones y la resta dio cinco: cinco millones de pesos. Casi seis. Tres suyos y el resto de algún artista. ¿Qué serían para ellos, el señor Presidente y su señor Hermano, cinco millones de pesos? Se recordó a sí mismo, con menos canas, diciéndole a la vieja: “este ya no puede robar más”. ¡Se lo había dicho bromeando!, sabiendo que si salía electo Presidente tendría que robar igual, sí o sí, a cualquiera y lo que fuera. A cualquiera y lo que fuera, se repitió el viejo, ¡pero no a él! No la plata de su pensión. De seguro a alguien como él, el Presidente, algo tan absurdo como la estafa de su traje mal hecho le costaría cinco millones de pesos. ¿Cuántos como ese tendría? Volvió a apretar las manos: ¿cómo era posible que durante dos gobiernos completos y uno aún en curso no hubiese sastrero alguno, en el país o en el extranjero, viejo y diestro o joven y revolucionario capaz, por el amor del cielo, de decirle: “permiso, Presidente”, y asistirlo en su indecencia? A menos que fuese a propósito, se dijo, y en la pantalla, como si oyera sus pensamientos, el Presidente se llevó un dedo a la nariz y algo le sacó de adentro, sin parar el discurso. Luego, con la misma naturalidad, se llevó esa mano a un bolsillo del pantalón, la metió y la sacó, ajustó su micrófono con ella y se peinó, y lo que de su nariz pasó a su dedo pasó de su dedo a su ceja, y ahí se quedó. Los dientes del viejo rechinaron. ¿En qué minuto creyó en él? ¿En qué momento de debilidad mental esperó, siquiera, algo de ese jetón? Una gota de sangre les salió, al Presidente y a él, casi al mismo tiempo de la nariz. A ambos les coaguló en seguida. El viejo resopló y, por primera vez en ese rato, sintió que podía sacudirse de su parálisis. Pudo, pero no lo hizo: todavía le quedaba por hervir. El Presidente, mientras tanto, leía un parte médico de la Primera Dama que se coló entre sus papeles. Nada es casual, se dijo el viejo: todo es a propósito. En su frente, la mancha había alcanzado su máxima expresión. No es tonto, agregó, tampoco enfermo: este tipo sabe lo que hace. Lo sabe al despertar y al levantarse, cuando le da sueño y se acuesta; lo sabe cada vez que se mete en uno de sus trajes deformes y se coloca el broche, se dijo el viejo. Ese broche. ¿Dónde vio por última vez el suyo? Se lo había dado a la vieja, a su vieja, cuando no era la vieja sino recién la señora, la lola, prácticamente; lo que hiciera o no el Presidente, en ese entonces, lo tenía sin cuidado. La lola y él estaban por casarse. Estaban por casarse, se dijo el viejo, y el banco donde tenía abierta su cuenta corriente fue liquidado por fraude. El banco en que el Presidente, mucho antes de ser Presidente, fue gerente. Pero el broche, ¿lo tendría por ahí la vieja? Con el alzhéimer, jamás lo encontraría. Nunca apareció, se dijo el viejo, ¡qué extraño!, hurgueteando los cajones de las dos cómodas. ¿Lo habría vendido o empeñado? ¿Qué pudieron darle a cambio de un broche con la banderita? ¿Qué dio él? El Presidente acababa de decírselo: la Ley de Resguardo de la Vejez Digna. Ley de Resguardo de la Vejez Digna, repetía el Presidente, y en Digna al viejo le daba una puntada en la frente, a solo un par de arrugas de la mancha. Un impuesto por tener que trabajar siendo jubilado: eso había entendido. Eso le bastó entender. ¡Seis veces! Ese broche, se dijo el viejo, el de la solapa del Presidente, le correspondía a él. Era suyo. En algún momento, de hecho, tal vez lo fue. Su broche: el que su papá le dio cuando era chico, el que él le dio, después, a la vieja, con la promesa de que sortearían esa y otras malas suertes. Era suyo, no cabía otra posibilidad: el Presidente tuvo que habérselo robado. Por la comisura de la boca, precedido por escupo, un quejido grave, cada vez más agudo, ratificó la ebullición del viejo y el fin de su parálisis. El Presidente se peinó la ceja, se masticó una uña y se olió el dedo. Se despidió del viejo sonriendo hacia la cámara y dándole la espalda.

En cuanto lo vio girándose, el viejo saltó de su sillón y se fue de boca sobre el televisor. —¡Devuélveme el broche, chuchetumare! —dijo, con la garganta todavía apretada. —¡Viejo! —le dijo la vieja, que rara vez lo oía garabatear.

Omar Alarcón



A la izquierda: *Figuras en el pasto*, de Gracia Barrios.